

mas. Cada día inmola para ellas con su ardiente amor sobre el altar de su corazón purísimo una víctima sin mancha, es decir, sus fervorosas oraciones, sus santos trabajos, sus dolores de madre, en una palabra, su sangre y su vida, en unión con su divino Hijo Jesús. ¡Es admirable que por este medio haya concurrido á la salud y á la perfección de tan gran número de almas!

Ahora bien, no tenemos que decirlo: los religiosos y religiosas entregados á los ejercicios de la vida contemplativa en un instituto donde se hace profesión especial de orar y sufrir, realizan en muy alto grado esta misión secreta, confiada á la Madre de Dios, este *apostolado interior* que se une por lazos más íntimos al *apostolado exterior*, ejercido por los sacerdotes. En su clase es donde nuestro Señor se complace en elegir las *víctimas especiales* de que hablaremos pronto, ó quizás cada una de ellas es una víctima escogida.

La ilustre fundadora del Carmelo, la seráfica Teresa, no entendía de otra manera la vida de sacrificio que había abrazado: ella misma decía á sus hijas, viendo los males que desolaban á la Iglesia: «Oh, ¡hijas mías en Jesucristo! Ayudadme á pedir á nuestro Señor que se digne remediar tan gran mal. Para este objeto estamos aquí reunidas: este es el objeto de nuestra vocación: y esto es lo que debemos pedir á Dios sin cesar».—Hacia este objeto y hacia el de la salvación de las almas, quería también que hiciesen converger sus austeridades las jóvenes y las viejas, entregándose, en una palabra, á toda la vida del sacrificio. Y para animarlas en esta senda difícil, marchaba ella misma á su cabeza y se entregaba á todos los sacrificios, repitiendo la frase que había tomado por divisa: «O sufrir ó morir»: *Pati, aut mori.*

CAPÍTULO XX.

CONCLUSIONES PRÁCTICAS DE LOS DOS CAPÍTULOS
PRECEDENTES.

Acabamos de establecer sobre razones sólidas lo que llamamos la *misión expiatoria* de los institutos religiosos, sobre todo de aquellos en que se hace especialmente profesión de *orar* y de *sufrir*, por la salvación de las almas. De estas consideraciones, que en nuestros días tienen particular oportunidad, creemos deber sacar las conclusiones siguientes:

Primera conclusión.—Habiendo salvado el Hijo de Dios al mundo por la cruz, y queriéndose servir del mismo medio para aplicar su virtud á los hombres, cuanto más se unan en el siglo los cristianos por sus sufrimientos á los sufrimientos de Jesucristo, para salvar á sus hermanos, tanto más habrá en dicho siglo más fundadas esperanzas de salvación. Y como los religiosos y las religiosas han recibido de Dios, según hemos dicho, la *unión especial* de perpetuar en sus personas los sufrimientos y la pasión de Jesucristo, claro es, que cuantos más religiosos y religiosas haya encargados de esta misión y sean más fieles en su cumplimiento, más esperanzas fundadas de salvación habrá para el siglo en que florezcan. Y como estos mismos religiosos y religiosas participan tanto más perfectamente de la misión expiatoria del Hijo de Dios, cuanto pertenecen á los institutos más austeros, donde se hace profesión especial de orar y de sufrir por la salvación de las almas, en el siglo, en el reinado de religiosos y religiosas á que pertenezcan esos institutos fieles á su vocación, habrá más esperanzas fundadas de salvación, de próximo triunfo, y esperanzas de bienes espirituales para la Iglesia.

Segunda conclusión.—Cuanto más haya suscitado una nación católica contra ella, por los crímenes de sus hijos, la cólera de Dios, más necesario y urgente será multiplicar en el seno de esta nación los asilos de la *oración y de la penitencia*, es decir, las comunidades religiosas donde se hace profesión particular de *orar* y de *sufrir*. Por la misma razón, cuanto más manchada está una región por las iniquidades de sus habitantes, cuanto en una diócesis hay más impíos, malos cristianos y asociaciones anticatólicas, tanta más razón hay para trabajar por la salubridad de esa región y de esa diócesis, introduciendo en ellas esas plantas saludables, salidas de la sangre de Jesucristo, que derraman en torno de sí tan suave olor de vida y de pureza: tanto más importa establecer lo que uno de nuestros Señores Obispos, llamaba, no hace mucho, con gran justicia, *pararrayos*, destinados á apartar de las cabezas culpables los golpes de la divina cólera, pronta á descargar sobre ellas. En apoyo de esta conclusión, citaremos el juicioso pasaje de un periódico católico sobre la saludable influencia de los conventos é instituciones religiosas en Alemania. «Estas almas (dice hablando de los religiosos y religiosas), son las que con sus *oraciones* y con el ejercicio de las *obras de misericordia*, han salvado los estados, cuyo impío dueño los había puesto á dos dedos de su perdición. Ellas son las que apartan los castigos divinos de las ciudades malditas. Holocaustos voluntarios, rescatan con sus privaciones y austeridades las privaciones de los espíritus que las escarnecen. Ellas han orado, sufrido y practicado las buenas obras por la sociedad olvidada de sus deberes; y los resultados obtenidos hasta aquí, nos hacen entrever todo lo que hay de verdad en estas palabras del Apóstol: *Charitas omnia sperat* «La caridad lo espera todo»; y aun nos permitimos añadir que todo lo ha obtenido en Alemania en nuestros días». El autor alude aquí al gran movimiento en sentido católico que se ha desarrollado en Alemania después de muchos años, bajo la influencia de las cor-

poraciones religiosas. Otro tanto puede decirse del movimiento, no menos señalado hacia nuestra santa religión, que se ha producido en Inglaterra, y que determina cada año tan gran número de conversiones al catolicismo. Y entre las numerosas causas de escándalo que desolan á nuestra querida Francia, ¿de cuánto auxilio, de cuántos beneficios no es deudora á las instituciones religiosas que encierra en su seno en número tan grande? ¡Dichosa si sabe comprender siempre que esas instituciones son y serán para ella una fuente inagotable de salvación y de prosperidad!

Tercera conclusión.—No hay que asombrarse de que los impíos de nuestros días, como los de todos los tiempos, ataquen con pertinaz encarnizamiento á las congregaciones religiosas y se esfuercen por todos los medios en desacreditarlas, en impedir su desarrollo, y, si fuera posible, en exterminarlas para siempre. Lo que causa asombro es ver que ciertos católicos, ciegos ó mal intencionados, se hagan eco de sus declamaciones y de sus odios injustos. Tal manera de proceder denota que son víctimas de un deplorable desfallecimiento del sentido sobrenatural, ó de una gran ignorancia del plan providencial, en la economía general de la redención: y aun lo que sería todavía más sensible, de una malevolencia que no se puede suponer, porque sería mas hostil á Dios que á los hombres, en razón á que opondría un obstáculo serio á la salvación de las almas, por las cuales ha derramado Jesucristo toda su sangre. En efecto, á menos de cerrar voluntariamente los ojos á la evidencia de los hechos, es imposible no ver que las corporaciones religiosas, á pesar de las enfermedades inherentes á la naturaleza humana, han prestado en todos los tiempos y prestan en nuestros días muy grandes servicios á la Iglesia y á las almas. ¿Cómo se concibe que hombres, que no son ciertamente enemigos del Hijo de Dios, se coloquen entre los adversarios de esos auxiliares, consagrados á su obra? Y esto en una época en que esta obra del divino Salvador encuentra tantos enemigos, y las almas res-

catadas á precio de su sangre, tan grandes y numerosos daños de ruina eterna. ¡Ah! ¿No temen esos cristianos imprudentes que la sangre de Jesucristo, cuya aplicación por los instrumentos que se ha dignado elegir impiden, caiga sobre ellos como una anatema en el gran día del juicio, donde cada uno recibirá la recompensa del bien á que haya cooperado, ó el castigo del mal de que haya sido la causa?

Cuarta conclusión.—Los sacerdotes y directores de conciencias, lejos de contrariar la vocación de las personas que les manifiestan su deseo de abrazar la vida religiosa, deben, por el contrario, estimular esa vocación, cuando después de maduro examen, reconozcan que viene de Dios, y, por lo mismo, deben, si pueden, favorecer su ejecución. Obrando de esta manera, deben persuadirse de que prestarán un señalado servicio, no sólo á las almas á quienes el Señor llama á la soledad, sino á la Iglesia entera, á quien esas personas sacrificadas en el claustro, ó fuera de él, servirán de poderoso auxilio con sus oraciones, sus austeridades, sus sufrimientos y su infatigable devoción.

¿Y cuándo fué más oportuno y necesario que en nuestros días, favorecer el santo entusiasmo de las almas que el Espíritu Santo llama á una vida de oración y de sacrificio, por la salud de sus hermanos? ¿Acaso la generación en el seno de la cual vivimos es una generación que no quiere orar ni sufrir? ¿No es urgente, si no se quiere ver que se abisma más y más en sus corrupciones y en sus tinieblas, que las almas puras y fervorosas se interpongan entre ella y Dios, por sus voluntarias expiaciones y por sus oraciones, para apartar los azotes que la amenazan y obtener misericordia y perdón? Sí; la necesidad de la oración y de la expiación se hace sentir en nuestros días más que nunca; y somos nosotros, los directores de las conciencias, los llamados á secundar con todo nuestro poder ese movimiento del Espíritu Santo. Pero tengamos cuidado de no sustituirle, bajo cualquier pretexto, por nuestro impulso personal. Que esto es lo que sucede cuan-

do un director, inspirándose en motivos humanos y algunas veces en los prejuicios de su siglo, da á un alma una dirección que no es la de la gracia, y contraría así el designio de Dios sobre ella, con gran detrimento de dicha alma y de muchas otras, á quienes habría prestado numerosos auxilios, en el lugar donde Dios hubiera querido verla.

Semejantes Sacerdotes merecen mejor el nombre de *desviadores* de las almas que el de directores y guías espirituales. La responsabilidad que asumen, por una conducta tan en desacuerdo con el Espíritu Santo, no es ciertamente de naturaleza bastante para tranquilizarlos, por la cuenta que tienen que rendirle algún día de las almas confiadas á su cuidado. Esta conclusión, guardando las debidas proporciones, debe extenderse á los padres y madres de familia, que contrarian, sin razón, la vocación eclesiástica ó religiosa de sus hijos; y por un afecto desordenado, que no es frecuentemente más que un puro egoísmo, levantan entre ellos y la vida religiosa una barrera infranqueable. Acuérdense de que obrando de esta suerte se hacen culpables para con Dios y para con sus hijos de una grave injusticia, de la cual tendrán que dar rigurosa cuenta al Soberano Juez; esto sin hablar de los castigos y tristezas domésticas que semejante conducta, indigna de un cristiano, no dejará de atraer sobre ellos y sobre su familia.

Conclusión quinta.—De consiguiente, los religiosos y las religiosas, deben ser mirados como víctimas, ofrecidas en sacrificio á Dios Padre, en unión con su divino Hijo, que sufrió y murió por la salvación del mundo. Y tanto más se manifestarán conformes con Jesucristo crucificado, cuanto cumplan de una manera más perfecta el fin sublime de su vocación. Para hacer contrapeso al espíritu de independencia y al amor desenfrenado de los goces materiales que van devorando á las sociedades modernas, como un cáncer, se hace más necesario que nunca que los religiosos y religiosas entren plenamente en este espíritu de sacrificio, por la práctica asidua de una profunda humildad,

de una entera obediencia y de una perfecta mortificación. Así, nuestra convicción es tal que creemos que uno de los puntos sobre los cuales los superiores y superiores de las comunidades religiosas tienen que insistir más en nuestros días, es el de promover, por todos los medios, en sus inferiores, el *espíritu de sacrificio, el amor de la cruz* en unión con Jesucristo crucificado, para la salvación de las almas, rescatadas á precio de su sangre, de las cuales tan gran número ¡ay! cae todos los días en el infierno.

Conclusión sexta.—De consiguiente, todos los religiosos y religiosas, dedicados con especialidad á los ministerios de la vida activa, tales como la predicación, la educación de la juventud, la asistencia de los pobres y de los enfermos, deben aplicarse tanto más á esta vida de sacrificios, cuanto están más expuestos á perderla, á causa de las distracciones inseparables del ejercicio de sus funciones. Todo religioso, en efecto, sea cualquiera la naturaleza de su ministerio, está, como hemos dicho antes, por el solo hecho de su profesión religiosa, oficialmente destinado á perpetuar en la tierra el sacrificio de Jesucristo, en calidad de *victima*, asociado á la verdadera Víctima del Calvario para la salvación del mundo. No de otra manera han comprendido el espíritu de su instituto los fundadores de esas órdenes. Uno de ellos, entre otros, ha incluido en la fórmula de los votos, que pronuncian sus hijos, la palabra *holocausto*, que suplica á Nuestro Señor se digne admitir en olor de suavidad: *Ut hoc holocaustum in odorem suavitatis admittere digneris*. He aquí el pensamiento completo del sacrificio, expresado con tal precisión, que no da lugar á equivocarse.

Conclusión séptima.—De consiguiente, los religiosos y religiosas pertenecientes á los institutos austeros, en que se hace profesión más especial de orar y sufrir por la salvación de las almas, deben estimarse dichosísimos y honradísimos por ser llamados á seguir de más cerca á Jesucristo en la vida real de la cruz, para perpetuar de muy especial

manera su vida de oración y de sacrificio, siendo asociados más que ningún otro á su título y á su divina función de *victima*, para la salvación del mundo. Sí; regocijaos, y en la prueba inseparable de esta vida de sacrificios, fortaleceos con el pensamiento de que nada contempla el Padre con más complacencia en la tierra desde lo alto del cielo, que las imágenes vivas de su Hijo crucificado. ¿Y no sois vosotros de ese número? ¿No sois vosotros, por excelencia, miembros dolientes de Jesucristo? Vuestra pobreza, vuestra desnudez, vuestras privaciones, vuestros ayunos, vuestras austeridades, vuestras vigiliias, vuestras oraciones, de día y de noche, vuestras humillaciones, vuestra obediencia, ¿no hacen de vosotros, si sois fieles á vuestra regla, otros tantos Jesús crucificados? Valor, pues, generosas víctimas: vosotras habéis elegido la mejor parte y no os será quitada. Vuestro lugar está señalado en el cielo, entre los príncipes de la gloria: *Ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui*. A vosotros, á quienes el mundo maldice como á un campo estéril, ó como á un leño seco que sólo sirve para ser arrojado al fuego, os está permitida la fecundidad: la fecundidad de las almas, mil veces más preciosa que la que perpetúa en la tierra la raza del viejo Adán. Por vuestras fervorosas oraciones, por vuestros sacrificios de todos los días, por vuestra ardiente caridad, por vuestra íntima unión con el casto Esposo de las almas, multiplicáis la familia del nuevo Adán, de Nuestro Señor Jesucristo, regocijáis á su Esposa, la santa Iglesia, y pobláis el cielo de elegidos. Amad, pues, esos claustros sagrados, esas soledades benditas, donde, como otra vez, viene el Señor Jesús á buscar un abrigo, contra los ruidos del mundo. Sepultaos con El en ese misterioso desierto: unid vuestra oración á su oración, vuestros ayunos á los suyos, vuestros combates á sus combates: sobre todo, unid estrechamente vuestro corazón á su Corazón divino, que no pide más que ser amado, en cambio del inmenso amor que nos tiene. Sí; amemos con todo nuestro corazón al

amable Corazón de Jesús. Sea El con Dios Padre y con el Espíritu Santo, el único objeto de nuestras adoraciones, de nuestro amor y de nuestras alabanzas, en el tiempo y en la eternidad. Después de Jesús, sea María, su augusta Madre, el primer objeto de nuestra veneración y de nuestros afectos más tiernos, consagrados al cielo desde la tierra. Amén.

CAPÍTULO XXI.

VÍCTIMAS ESPECIALES.

Jesucristo, cabeza divina de su cuerpo místico, que es la Iglesia, se perpetúa y se prolonga de alguna manera en cada uno de sus miembros, bajo alguno de los rasgos característicos de su existencia. En el simple fiel continúa su vida privada, y por decirlo así, *su vida doméstica* de Nazareth. En el Sacerdote continúa su vida pública de predicación, y su función de *sacrificador*. En el religioso continúa su vida y su función de *víctima*. Tronco divino, viña divina, la vida de Jesucristo se va, pues, comunicando como una savia fecunda, formando tres grandes ramas estrechamente unidas, las cuales, ramificándose á su vez, llevan la vida divina de Cristo hasta las últimas y menores hojas de este árbol misterioso. La primera rama es la vida de Cristo, continuada en los fieles, esto es, la vida cristiana: *vita christiana*. La segunda, es la vida de Cristo, Doctor y Sacerdote, continuada en los Sacerdotes; es la vida sacerdotal: *vita sacerdotalis*. La tercera, es la vida de Cristo, víctima obediente y crucificada, continuada en los religiosos; es la vida religiosa: *vita religiosa*. En efecto; el Hijo de Dios vino del cielo á la tierra para darnos la vida divina con abundancia. El mismo lo dijo: *Ut vitam habeant et abundantius habeant*. Y he aquí que, después de su aparición entre nosotros, la vida divina de Cristo

se desborda en el seno de las generaciones cristianas, y produce sin interrupción los frutos más abundantes de virtudes y de vida eterna. ¡Tributemos alabanzas y acciones de gracias á nuestro caritativo y dulcísimo Salvador! Para completar esta enseñanza añadiremos que, á pesar de la triple distribución de que acabamos de hablar, elige Dios, indistintamente, para fines que le son conocidos, *víctimas especiales* en todas las clases de la sociedad cristiana, y las comunica, para la salvación de sus hermanos, una participación más larga de los sufrimientos de su divino Hijo, y, por consiguiente, de su título y de su función de víctima.

Recorriendo los anales de la Iglesia, sería fácil demostrar este aserto, con hechos numerosos que le ponen en evidencia. En efecto; Dios ha elegido en todos tiempos almas fervorosas para convertirlas en víctimas agradables á sus ojos, sobre las cuales ha querido descargar los golpes que su justicia reservaba á una ciudad, á una nación, ó á su misma Iglesia, á causa de las infidelidades de sus hijos. Así es como descargó sobre la inocente víctima del Calvario, su amadísimo Hijo, los rigores que su justa cólera reservaba á la humanidad culpable. Decir el tierno amor, la tierna predilección que Dios profesa á estas almas, á quienes ha dado un rasgo particular de semejanza con su Hijo crucificado, es cosa imposible. Para complacerlas, no hay milagros, ni gracias que no esté dispuesto á conceder á sus oraciones, sobre todo, cuando se las presentan mezcladas con las lágrimas, con la sangre y con las agonías de Jesús, unidas á sus propias lágrimas y agonías. Principalmente en las épocas de crisis religiosa y social, es cuando el Señor tiene la costumbre de suscitar en su misericordia estas víctimas ocultas, cuya acción latente, como la de la gracia, obra en cada uno de nosotros, con ella y por ella, de una manera íntima y vital. Puede compararse la función importante que estas almas cumplen en los miembros del cuerpo místico de Jesucristo, á la de los órganos vitales que están unidos inmediatamente al corazón para transmitirle